

TRINIDAD SAYAGUESA

En las tardes estivales de Sayago, cuando el Sol ha alcanzado su punto álgido y poco a poco comienza a descender, cuando el silencio impera y es únicamente roto por el ladrido lejano de algún perro o el mugido de una vaca, cuando huele a paja seca y las moscas zumban nerviosas de un lado a otro; el trillo de Isidora gira lenta pero incesante alrededor de la parva como lo hacen las agujas del reloj sobre su eje.

Los minutos se hacen largos; las vueltas a la parva también. Monotonía que es únicamente interrumpida por la llamada de la naturaleza cuando el burro sayagués de pelo pardo levanta la cola como aviso previo a lo que va a suceder; entonces hay que coger de forma rauda la lata de escabeche que hace de improvisada letrina y salvaguardar la limpieza del cereal.

Concluida la parada técnica, el animal arranca con un vigoroso impulso que repercute sobre el cuello de Isidora, como si fuera a emprender veloz huida hacia la sombra más cercana, pero es sólo una ilusión. En cuanto el trillo está en movimiento recupera su cansado deslizar sobre la paja igual que un barco a la deriva mecido por las olas.

Cuando haya que añadir más paja con la tornadera aprovechará para vaciar la lata. En ese momento se da cuenta que es el mismo tipo de envase que usa como molde para elaborar los quesos con la leche de sus ovejas, —que caprichoso el destino— piensa, sin duda fruto del aburrimiento, —idéntico recipiente, uno usado para recoger excrementos, el otro para confeccionar el manjar que tanto gusta a mis nietos—.

No es una cuestión de méritos propios o valía, es simplemente azar; igual que su hermana Iluminada, quien siendo más pequeña lleva dos años ingresada en la residencia de un pueblo cercano a consecuencia de la demencia senil que padece, mientras la vida de Isidora continua girando...alrededor de la parva.

No lo piensa con culpa ni condescendencia, —los designios del destino—, se reitera. El mismo destino que hace muchos años, cuando aún era una niña, llevó el hambre a su hogar en forma de sequía que echó a perder las cosechas.

Era otra época, con la guerra recién terminada, las despensas sin víveres y algunas sillas del comedor vacías por la partida de familiares que nunca regresaron.

En ese instante y a escasa distancia, Pilar está regando la huerta.

Con un fuerte golpe de muñeca sobre el extremo de la soga hace girar lo suficiente la errada metálica, sujeta al otro extremo, para que comience a entrar agua. Una vez se ha llenado hasta la mitad, con las piernas flexionadas y la espalda recta, empieza a tirar para arriba fijando alternamente con sus encallecidas manos cada tramo de cuerda ganado a la profundidad del oscuro pozo.

Cuando el cubo metálico alcanza la superficie, los rayos del Sol se reflejan sobre la frente de Pilar por la que una gota de sudor mana tímidamente como lo hace el agua en el interior del pozo. Gota que va dejando una estela brillante sobre cada una de las arrugas que surcan su frente a medida que las va superando.

La zona de las huertas es más fresca al estar próxima a la ribera, la cual, en un ejercicio de empatía con su comarca, luce cada vez más seca y carente de vida.

Los chopos que la escoltan en su recorrido crecen altos y frondosos cubriéndola de una sombra fresca. Si te acercas a la orilla se percibe un ligero aroma a agua estancada y lodo. Las ranas que cantan alegres a un Sol que les calienta la piel, en cuanto notan la proximidad del extraño comienzan a saltar al agua de forma organizada, de las más cercanas a las más distantes, como si iniciaran una coreografía de natación sincronizada.

Un poco más abajo están los restos del viejo molino reducidos a unas cuantas lanchas de granito cubiertas por musgo, y el hueco que en su día albergó la piedra para moler el grano que ahora Isidora se afana en separar

Mientras Pilar vierte el último cubo de agua sobre el surco de las tomateras y aspira con gusto el aroma de las plantas en combinación con la tierra mojada, recuerda divertida la última vez que su hijo Marcos la había acompañado a regar. A sus doce años es todo un muchachote y le saca la cabeza a su madre, pero fue incapaz de voltear lo suficiente el cubo para que se llenara de agua. Lo intentó una infinidad de veces, cada vez más colorado fruto del cansancio y del enojo. —Cariño, es cuestión de maña, no de fuerza— intentó consolarle Pilar con mucho amor y un poco de picardía, mientras volteaba el cubo usando una sola mano, consiguiendo exactamente el efecto contrario en su vástago.

Un sonido le saca de sus pensamientos. Levanta la cabeza y escucha los balidos y cencerros de un rebaño de ovejas que se aproxima por el camino. Observa la nube de polvo que levantan a su paso. Cerrando el grupo distingue a María con su eterno libro bajo un brazo y la cayata en el otro. A su lado su inseparable perra “La Mori”.

—Que buena niña— piensa Pilar.

María estudia segundo de medicina en Salamanca y ha aprobado todo el curso. En verano, durante las vacaciones, vuelve al pueblo para ayudar a sus padres con las labores del campo.

Camina detrás del rebaño dejando un poco de margen para no verse envuelta en esa especie de calima sayaguesa.

La cortina a la que se dirige está próxima a las viñas y es una de sus favoritos porque el invierno pasado ayudó a su padre a levantar una de las paredes que se había caído.

Que ardua labor esa arquitectura de mampostería en seco, piedra sobre piedra en perfecto equilibrio, sin cemento ni herramientas, solo paciencia y buen hacer transmitido de padres a hijos.

Mientras seleccionaba las piedras, fantaseaba con sus antepasados levantando esa misma pared, con dos siglos de diferencia. Qué mejor forma de rendirles homenaje y de mantener su legado, el cual ya forma parte fundamental del paisaje sayagués al igual que las escobas y los piornos.

Todavía quedan flores amarillas, llamadas morones, que alfombran el suelo verde. No ha sido un verano muy seco y el campo mantiene colores más allá de los bermellones y ocre.

Buscará una sombra y mientras las ovejas pastan, leerá un tratado de medicina que le ha recomendado el profesor de anatomía forense.

Le gusta la carrera y le encanta el orgullo con el que sus padres escuchan las explicaciones mínimamente técnicas que les da sobre lo que hace en clase. Cuanto más rara es la palabra,

más satisfacción les genera; mirándose el uno al otro con los ojos llenos de emoción contenida y repitiendo alguno de los vocablos que acaban de escuchar por todo *feed back*.

María sabe que no es el mejor vocabulario si pretende que la entiendan, pero les da ese capricho consciente del sacrificio que hacen para mandarla a estudiar a otra ciudad. El colegio mayor, los libros, la matrícula... frente a lo que cuesta arrancar cada euro al amado pero desagradecido terruño.

En la universidad, a pesar de venir de mundos totalmente opuestos, ha hecho buena amistad con una compañera de clase. Covadonga es urbanita al cien por cien, sus padres son ejecutivos de una importante empresa farmacéutica y siempre lo ha tenido todo. Estudió en el colegio más elitista de Oviedo y se ha rodeado de gente igual a ella.

Quiere a María porque es distinta. Admira el orgullo con el que habla de su pueblo, de su gente, de sus fiestas y costumbres; bastante superior al que siente ella por los clubs de campo y las fiestas en barcos privados.

Son tres instantes concretos de tres vidas distintas.

Son la abuela, la madre y la hija.

Tres generaciones de mujeres sayaguesas que continuarán encendiendo la chimenea cada invierno, adecentando por turnos la iglesia parroquial y dando esperanza a un Sayago que mira al pasado con nostalgia y resignación.

VALDESUEI

